

ONCE MESES

Escuché el maullido justo cuando agarraba la estrella para colocarla en lo alto del árbol de navidad. Sonó fuera de la casa, pero no pude evitar estremecerme. Dejé la estrella en el suelo para acomodarla más tarde y corrí a comprobar que todas las ventanas estaban cerradas.

Lo he conseguido durante todo el año. Me han llamado muchas veces, pero en todas solté el teléfono y me marché de la habitación. Los he visto entrar por mi puerta y sentarse en la mesa del comedor en mis peores pesadillas. En todas me levantaba temblando y sollozaba, pero no venía nadie a consolarme. Lo prefería así. He soportado todo eso durante once meses, pero ya nada me puede salvar: porque hoy es 1 de diciembre. Y toda mi familia vendrá a mi casa sin que yo pueda hacer nada por impedirlo. Pueden venir cualquier día, a cualquier hora. Me darán abrazos forzados, me sonreirán aunque por dentro me odien y por supuesto, sacarán el tema de aquel gato.

Hace un año, a principios de diciembre, me encontré un gatito abandonado en la calle cuando me dirigía a comprar la comida para la cena familiar. Vivía sola en mi casa, y quise adoptarlo para regalárselo a mi madre, a la que le encantaban los animales. Lo llevé a la veterinaria y en pocos días se convirtió en un gato sano al que le tenía mucho cariño.

El día de la comida familiar, dejé al gato en mi cuarto, durmiendo encima de mi cama. Puse la mesa y la decoré con algunos adornos navideños. Observé el árbol de navidad. Lo que más me gustaba de la Navidad era montarlo y contemplarlo. Poco a poco, comenzaron a llegar familiares, y yo les abrazaba y les decía que estaba encantada de que estuvieran allí ese día. Y era verdad.

Cuando llegó mi madre la abracé como cuando era pequeña, con un cariño propio de madre e hija, y ella me devolvió el abrazo aún más fuerte. Después miró la mesa y vio a todo el mundo comiendo y riendo, y bromeó “¡Eh, sinvergüenza!, ¿qué hacéis comiendo sin esperarme?”. Repartió besos entre todos los presentes y aproveché para ir a por el gato. “¡Mamá tengo un regalo para ti!”. Se acercó a mí y le dije que cerrara los ojos y estirara los brazos hacia delante. Cuando me aseguré que no miraba, le planté el gato entre los brazos. Acto seguido, abrió los ojos y al ver al animal acurrucado en sus brazos se puso pálida. Lo soltó como si quemara, y este asustado, cayó de pie. Nos

miró visiblemente molesto y se marchó. Mi madre empezó a toser y a hiperventilar. Lo último que recuerdo fue a todos los demás acercarse, y no sé si fue de inmediato o pasaron horas escuché el sonido de una ambulancia y una había camilla con mi madre encima dentro de mi casa.

Tengo lagunas en la memoria de esa parte del día. Al gato no lo encontré por ninguna parte al día siguiente, y tampoco volvió. Me enteré por parte de mis tíos que mi madre se había ingresado en el hospital, en el que estuvo varias semanas, y que los médicos descubrieron que era alérgica al pelo de gato desde hace poco. Sobrevivió gracias a que el animal apenas estuvo unos segundos entre sus brazos y la rapidez de la ambulancia en llegar a mi casa.

Estaba segurísima de que mi familia me odiaba. En los meses siguientes, me di cuenta de que sufría de singenesofobia, una aversión hacia los familiares. No hablé con ellos durante casi un año, pero ahora, en diciembre, la época de la Navidad y la familia, no había nada que hacer para evitar su visita.

Agarré un libro y me senté. Iba a esperar a que llegaran, no me cogerían por sorpresa. Haría una rutina especial, siempre alerta. Solo descansaría para comer. Dormiría a partir de las once de la noche y se despertaría a las nueve, pues sabía que su familia respetaba ese horario.

Pasaron días. Cualquier persona podría pensar que no iban a venir, pero yo los conocía bien. No iban a estar un año entero sin visitarme. Además, era Navidad. El quinto día de espera, el seis de diciembre, sonó el timbre de mi casa. Pese a esperármelo, me sobresalté, pues hacía tiempo que nadie llamaba a mi puerta. No me levanté del sofá, no hacía falta. Tenían la llave de mi casa. Sabía que llamaban al timbre para advertirme. Me quedé muy quieta, rígida con la espalda recta y las piernas juntas. Notaba las palmas de la mano sudando y las froté contra las rodillas. Una voz en la mente me incitó a correr, pero estaba paralizada. No sabía qué iba a pasar. La puerta se abrió lentamente delante de mis narices y apareció ella. Mi madre. Sola. Cerró la puerta a sus espaldas, y sin mediar palabra, se sentó en el sofá de enfrente. No miró hacia los lados como pensé que haría, en busca de algún gato. Solo me miró. Yo no iba a empezar esa conversación. Y lo comprendió.

— No puedes aislarte de tu familia.

— Lo sé.

— Pero lo has hecho. Te he llamado muchas veces, y no lo cogiste. ¿Sabes que te vi por última vez hace un año?

Claro que lo sabía. También yo la había visto por última vez hace un año. A ella y a todo el mundo.

— Lo primero que quiero que te quede claro es que no ha sido tu culpa. No sabíamos que era alérgica al pelo de gato. Y no pasó nada. Estoy aquí, contigo, vivita y coleando.

— No, solo estuviste en el hospital casi un mes— mascullé entre dientes.

— Pero todo está bien. Cuándo estaba en el hospital, tenía muchas ganas de verte. En ningún momento pensé que fuera tu culpa.

Eso me tranquilizó un poco.

— Yo también os he echado de menos. A todos. Pero sobre todo a ti.

— Ven aquí.

Recordé cuando lloraba de niña y ella me tranquilizaba de esa manera.

Me acerqué y apoyé la cabeza en su regazo. Empezó a acariciarme el pelo, mientras ambas mirábamos el árbol de navidad. En ese momento, un nudo comenzó a aflojarse y desenredarse mientras cerraba los ojos y me quedaba dormida.

Sofía García Domínguez 3ºD